



Cartas Filosóficas

*Vigesimocuarta Carta sobre las Academias*¹

VOLTAIRE

Los ingleses han tenido mucho antes que nosotros una Academia; pero no está tan bien regulada como la nuestra, y esto quizá por la única razón de que es más antigua; pues, si hubiese sido formada después de la Academia de París, hubiera adoptado de ella algunas sabias leyes y hubiera perfeccionado las otras.

La Sociedad de Londres carece de dos de las cosas más necesarias para los hombres: las recompensas y las reglas. Es una pequeña fortuna segura en París, para un geómetra o un químico, una plaza en la Academia; por el contrario, le cuesta una en Londres el ser de la Sociedad Real. Cualquiera que dice en Inglaterra: “Me gustan las Artes” y quiere ser de la Sociedad, se ve en ella al instante. Pero en Francia para ser miembro y pensionista de la Academia, no basta con ser aficionado, hay que ser sabio y disputar la plaza contra competidores tanto más temibles cuanto que están animados por la gloria, por el interés, por la dificultad misma y por esa inflexibilidad del espíritu que da por lo común el estudio obstinado de las ciencias de cálculo.

La Academia de las Ciencias está sabiamente limitada al estudio de la naturaleza y en verdad es un campo lo bastante vasto como para ocupar a cincuenta o sesenta

¹ Esta carta constituye el artículo “Société Royale” de Londres, en el *Diccionario Filosófico*.

personas. La de Londres mezcla indiferentemente la literatura a la física. Me parece que es mejor tener una academia particular para las letras clásicas, afín de que nada sea confundido y no se vea una disertación sobre el peinado de las romanas junto a un centenar de nuevas curvas.

Puesto que la Sociedad de Londres tiene poco orden y ningún estímulo, y la de París está en el caso opuesto, no es asombroso que las memorias de nuestra Academia sean superiores a las de la suya: soldados bien disciplinados y bien pagados deben a la larga vencer a los voluntarios. Es cierto que la Sociedad Real ha tenido un Newton, pero no lo ha producido; incluso había pocos de sus colegas que le entendiesen; un genio como el Sr. Newton pertenecía a todas las academias de Europa, porque todas tenían mucho que aprender de él.

El famoso doctor Swift forjó el proyecto², en los últimos años del reinado de la reina Ana, de establecer una academia para la lengua, a ejemplo de la Academia Francesa.” Este proyecto era apodado por el conde de Oxford, gran tesorero, y aún más por el vizconde Bolingbroke, Secretario de Estado, que tenía el don de hablar improvisadamente en el Parlamento con tanta pureza como Swift escribía en su gabinete, y que habría sido el protector y el ornamento de esa Academia. Los miembros que debían componerla eran hombres cuyas obras durarán tanto como la lengua inglesa: eran el doctor Swift, el Señor Prior, que hemos visto aquí de ministro público y que en Inglaterra tiene la misma reputación que La Fontaine entre nosotros; era el Sr. Pope, el Boileau de Inglaterra, el Sr. Congreve, al que se puede llamar su Molière, varios otros cuyos nombres se me escapan aquí habrían todos hecho florecer esa compañía desde su nacimiento. Pero la reina murió súbitamente; los whigs se empeñaron en hacer colgar a los protectores de la Academia, lo que, como comprenderéis, fue mortal para las letras. Los miembros de este cuerpo hubieran tenido una gran ventaja sobre los primeros que compusieron la Academia Francesa; pues Swift, Prior, Congreve, Dryden, Pope, Addison, etc... habían fijado la lengua inglesa con sus escritos, mientras que Chapelain, Colletet, Cassaigne, Faret, Perrin, Cotin, vuestros primeros académicos, eran el oprobio de vuestra nación, y sus nombres han llegado a ser tan ridículos que, si algún autor pasable tuviese la desdicha de llamarse Chapelain o Cotin se vería obligado a cambiar de nombre. Hubiera sido preciso sobre todo que la Academia Inglesa se propusiese ocupaciones completamente diferentes de la nuestra. Un día, un agudo ingenio de este país me pidió las memorias de la Academia Francesa. “No escribe memorias, le respondí, pero ha hecho imprimir sesenta u ochenta volúmenes cumplidos.” Recorrió uno o dos; no

2 El proyecto de Swift llevaba por título: “A proposal for correcting, improving, and ascertaining the english tongue, in a letter to the most honourable Robert Earl of Oxford and Mortimer” (712)

pudo jamás entender este estilo, aunque entendía muy bien a todos nuestros buenos autores. “ Todo lo que vislumbro, me dijo, en esos hermosos discursos, es que al beneficiario, tras haber asegurado que su predecesor era un gran hombre, que el cardenal Richelieu era un hombre muy grande, el canciller Seguier un hombre bastante grande, Luis XIV un hombre más grande, el director le responde lo mismo, y añade que el beneficiario podría ser también una especie de gran hombre y que por parte de él, director, no quedará.”

Es fácil ver por qué fatalidad casi todos esos discursos han hecho tan poco honor a esa corporación: *vitium est temporis potius quam hominis*. El uso ha establecido insensiblemente que todo académico repetirá estos elogios a su recepción: se ha convertido en una especie de ley el aburrir al público. Si se busca después por qué los más grandes genios que han entrado en ese cuerpo han hecho a veces las peores arengas, la razón es también bastante fácil: es porque han querido brillar, es porque han querido tratar novedosamente una materia completamente gastada; la necesidad de hablar, el azor de no tener nada que decir y el deseo de hacer ingenio son capaces de poner en ridículo incluso al hombre más grande; no pudiendo encontrar pensamientos nuevos, han buscado giros nuevos, y han hablado sin pensar, como gentes que masticasen en vacío y que fingiesen comer mientras perecían de inanición.

En lugar de ser una ley en la Academia Francesa hacer imprimir todos estos discursos, que son lo único por lo que es conocida, debería ser ley no imprimirlos.

La Academia de Letras Clásicas se ha propuesto un objetivo más sabio y más útil, presentar al público una recopilación de memorias llenas de investigaciones y de críticas curiosas. Estas memorias son ya apreciadas entre los extranjeros; sería de desear únicamente que en algunas memorias se profundizase más y que otras no se hubiesen tratado. Uno se habría pasado muy bien, por ejemplo, de no sé qué disertación sobre las prerrogativas de la mano derecha sobre la mano izquierda y algunas otras investigaciones que bajo un título menos ridículo, no son mucho menos frívolas.

La Academia de Ciencias, en sus investigaciones más difíciles y de una naturaleza y la perfección de las artes. Hay que creer que estudios tan profundos y tan continuados, cálculos tan exactos descubrimientos tan finos, visiones tan amplias, producirán finalmente alguna cosa que servirá para el bien del universo.

Hasta ahora, como ya lo hemos observado juntos, es en los siglos más bárbaros cuando se han hecho los descubrimientos más útiles; parece que lo propio de los tiempos más ilustrados y de las compañías más sabias sea razonar sobre lo que los ignorantes han inventado. Se conoce hoy, tras largas disputas de Sr. Huyghens y del Sr. Renaud, la determinación del ángulo más ventajoso de un timón de barco con la quilla, pero Cristóbal Colón había descubierto América sin sospechar nada de este ángulo.

Estoy muy lejos de inferir de esto que sea preciso limitarse sólo a una práctica ciega, pero sería excelente que los físicos y los geómetras _juntansen, en la medida de lo posible, la práctica a la especulación. ¿Acaso es preciso que lo que da mayor honor al espíritu humano sea a menudo lo menos útil? Un hombre, con las cuatro reglas de la aritmética y sentido común, llega a ser un gran negociante, un Jacques Coeur, un Delmet, un Bernard, mientras que un pobre algebrista se pasa la vida buscando en los números relaciones y propiedades asombrosas, pero sin uso, y que no le enseñarán lo que es el cambio. Todas las artes están poco más o menos en ese caso, hay un punto pasado el cual, las investigaciones son por pura curiosidad: esas verdades ingeniosas e inútiles se parecen a las estrellas que situadas demasiado lejos de nosotros, no nos dan claridad.

En lo tocante a la Academia Francesa, ¿qué servicio prestaría a las letras, a la lengua y a la nación si, en lugar de hacer imprimir las buenas obras del siglo de Luis XIV, depuradas de todas las faltas de lenguaje que se hubiesen deslizado en ellas? Corneille y Moliere están llenos de ellas; en La Fontaine pululan, las que no se pudiesen corregir serían al menos marcadas. Europa, que lee a estos autores, aprendería por medio de ellos nuestra lengua con seguridad, su pureza quedaría fija para siempre, los buenos libros franceses, impresos con tal cuidado a expensas del rey, serían uno de los más gloriosos monumentos de la nación. He oído decir que el Sr. Desprésux había hecho antes esta proposición y que había sido renovada por un hombre cuyo ingenio, sabiduría y sana crítica son conocidos; pero esta idea ha corrido la suerte de muchos otros proyectos útiles, la de ser aprobada y ser descuidada.

3 Se alude a la disertación de H. Morin: "Des privilèges de la main droite", *Memoires de l'Académie*, t. III, pp. 68-72.